

ESCENA VII.

Mal de muchas.

EL MÉDICO. — ROSAURA.

«¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?
Rosaura preguntó con desconsuelo.
—Murió, dijo el doctor, de una caída.
—Pues ¿de dónde cayó?—Cayó del cielo.»

DEL SEÑOR

D. JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

LA NAVE.—SOBRE UNA TUMBA.
AMOR É INOCENCIA.—AL CATUCHE.—LA LUNA Y LA TARDE.
Á LA MUERTE.

LA NAVE.

Á EMILIA, MI HERMANA.

¿Por qué lloras? Deja el llanto.
¿Qué es mi ausencia sino el vuelo
De un ave, al alba? Y en tanto,
¿No nos cubre con su manto
Por doquiera el mismo cielo?

No merece tu plegaria
¡Oh alma llena de piedad!
Mi nave, aunque solitaria:
Hay otra á quien más contraria
Amaga la tempestad.

Y, al mover tu ruego amigo,
¿Piensas que me alejo á solas,
Piensas que no vas conmigo,
Porque está en tierra tu abrigo
Y mi casa va en las olas?

Todos al par tripulantes
Somos de un mismo bajel;
Todos somos navegantes:
Los guerreros, los farsantes,
Arador y timonel.

Tanto dice, tanto encierra
Contemplar en desvarío

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
N.º 7. N.º 1

Las estrellas del vacío,
Desde un puente de la tierra
O en el puente de un navío.
Engaña el tiempo en el mar
La ociosa tripulación
Con la danza y el cantar;
Quién tira el oro al azar,
Quién juega su corazón.
Ve la gran nave que nada
En el éter cristalino:
Ciencia, gloria, cetro, espada
¿Qué son en nuestra jornada?—
Pasatiempos del camino.
Pena ó placer, dan lo mismo;
Al que muere y al que vive
Quebranta igual paroxismo;
Todos van sobre un abismo,
Hasta que el bajel arribe.
A todos nos lleva á un puerto:
Todos tributo pagamos
Al gran mareo, ello es cierto;
Pero juntos todos vamos,
Quién dormido y quién despierto.
Sí, no habrá al fin del viaje
A la voz de « ¡tierra! » sordo.
¡Ay! ¿qué ha de ser, al enclaje,
Cuando suelte su ropaje
La mascarada de á bordo?
¿Qué del traidor, del falsario?
¿Qué del que sangre vertiera?
¿Qué de tanto victimario,

Cuando, en la mano el sumario,
Halle al juez en la ribera?
¿Qué del mundo, si provoca
Las justas iras del cielo
Con saña blasfema y loca,
Y, cual disparada roca,
Al cáos arrebatada el vuelo?
Di si aún temor por mí cabe
¡Oh alma llena de piedad!.....
Esa jornada es la grave:
Ruega más bien por la nave
Que lleva la humanidad.

(A bordo del *Rhone*, viniendo de América.)

SOBRE UNA TUMBA.

¡Qué cerca y al par qué léjos
Están la muerte y la vida!
El espesor de esa piedra
Cuán hondo misterio implica!
De ella abajo todo es noche,
De ella arriba todo es día.
De ella abajo está la muerte,
De ella arriba está la vida,
Día y noche, vida y muerte
Separa sólo una línea;
Y ésa es la sola distancia
Para la cual no hay medida.

AMOR É INOCENCIA.

*The night-dew tat falls, though in silence it weeps,
Shall brighten with verdure the grave where he sleeps.*

Dos tesoros no más preció en la vida:
Su perdida inocencia, su amor muerto.
Así, pulsando el arpa, en voz sentida
Esto cantó á las brisas del desierto:

«Cuando la noche que anubló tu frente,
Con su denso crespón cubra la mia,
Y el mundo á que voló tu alma inocente
Abra ante mí su misteriosa via;
¿No hallaré, como el nauta en el ocaso
Del héspero, ya oculto el sulco leve,
Una fúlgida huella de tu paso,
Que, guiando mi alma, á tí me lleve?

De esos ojos tan puros, cuya lumbre
Me hablaba de los ángeles y el cielo,
¿No veré yo la dulce mansedumbre
En las santas regiones del consuelo?

¡Oh bienandanza, oh dicha verdadera,
Si allá, anudando la infantil historia,
Revolar otra vez en mí sintiera
Los sueños del amor que fué mi gloria!

Y no ofende á los cielos mi delirio :
Mi amor, al sol del trópico emulaba;
Mas su llama era pura como el cirio
Que brilla ante el altar y en él se acaba.

Dilo, oh santa inocencia, que cubrias
Con tus alas de ángel nuestra frente,
Y las puertas del cielo nos abrias,
De amor y beatitud la faz riente.

Casta inocencia, fuente bendecida,
¿Quién me enturbió tu linfa sosegada?
¿Y á tí ¡oh dolor! quién te marcó la vida
De la frágil violeta, en flor tronchada?

¡Oh Eden perdido! ¡Oh escurecida llama!
Hoy vierto desolado el llanto mio,
Como ciprés que en soledad derrama
Sobre ignorada tumba su rocío.

Mas el rocío del ciprés, clemente,
Vida infunde en redor con su frescura;
Y musgo y flores en festón luciente
Visten la abandonada sepultura.

Al riego de las lágrimas que vierto
Fenece todo en torno; y su inclemencia
Dice á mi corazón que todo ha muerto,
Muertas ya para mí tú y mi inocencia.»

AL CATUCHE ⁽¹⁾.

ELEGÍA.

Pues si no yo, ¿quién á tu márgen muda
Vendrá, donde se asienta,
La faz grave y ceñuda,
La veste polvorienta,
El estrago, y apenas tu auge cuenta?

Llama al mortal la soledad en vano;
Tras el placer sin freno
Otra voz no oye insano,
Aunque más de ella el seno
Del acento de Dios palpita lleno.

Ya de verdor y pompa te cubrias;
Hoy el dolor te viste:
Ya alegre discurrias;
Ni muestras lo que fuiste,
De quebrantado y silencioso y triste.

Apénas tus ruinosas hondonadas

(1) Rio, hoy casi exhausto, que corre al norte de Caracas, extremo en donde sembró más ruina el terremoto de 1812.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. E.

Vense allá en la altura
De verde coronadas;
Que escasa tu onda pura,
Ni aún te basta á llorar tu desventura.

Ni una voz, ni un rumor presta ya al eco
Tu cauce silencioso:
En el recinto hueco
De tu álveo peñascoso,
Sólo al viento vagar se oye silboso;

Y sin un ave alegre, al tedio ayuda
De tu hado sombrío
La tórtola viuda,
Que en doloroso pío
El seno atrista del breñal bravío.

Mas ¿quién te emulará, ni así cuitado?
No Anauco el de las flores,
Ni Guaire el celebrado:
¡Qué pompa y qué loores!
¡Qué cantares tuviste, y qué pastores!

Corpulento samán, ya en gloria eterno,
Dame nuevas, si tienes,
De aquel pastor tan tierno
Por quien tan alto vienes,
De flores y verdor cintas las sienes (1).

(1) El presbítero D. José Cecilio Ávila, que rescató del hacha de un leñador el famoso samán del Catuche.

Dime si, quebrantando el largo exilio
Por venturoso caso,
Al buen pastor Cecilio
Viste una noche acaso
A tu sombra mover augusto el paso.

Y, pues amor y vida le mereces,
¿Cómo por más estrecho,
Ni un renglon en tí ofreces
Que pague tu provecho
Y diga la nobleza de aquel pecho?

Ni ménos plauso y eternal memoria
Debes, por sus canciones,
Al que narró tu historia
En tan acordes sonos,
Que á oírle se tuvieron las naciones (1);

Aquel Dámis, amante de la Emira,
Simplecilla pastora,
Que una vez con su lira
Tornó blanda y sonora
La voz de la tormenta bramadora.

¡Ay! tu dulce cantor cayó sin vida:
Cayó la noble frente
De lauros mil ceñida;
Mas del hogar ausente.....

(1) Alúdese á Rafael María Baralt, y á sus deliciosos idilios *El árbol del buen pastor* y *La tempestad*.

Cuanto glorioso fin, tanto doliente.

¿Turbio catuche, tu camino usado,

Ya entre zarzas perdido,

Ni una huella ha guardado

De tu pastor Bellido,

Tan docto en el cantar como sentido? (1).

¡Oh amor, oh gloria, oh timbre americano!

Rompiendo su barrera,

Borraré el Oceano

Cuanto América fuera,

Ántes que en ella tu memoria muera.

¿Pero será, Catuche solitario,

Que tu recinto agreste

Asilo y santuario

A tanta virtud preste,

Y que tan pocos al ejemplo apreste?

¡Ay, cómo extiende la pasión su fuego!

¡Cuánto furente amago!

Al amor ¡qué despego!

Al odio ¡cuánto halago!

¡Cuánto de sangre y lágrimas y estrago! (2).

¡Oh río, oh río! el duelo me quebranta;

(1) El inmortal Andrés Bello tenía predilección por este río, muy cerca del cual nació.

(2) Venezuela ¡á Dios gracias! es hoy muy otra de cuando se escribieron estos versos.

Y á tan honda amargura

Se anuda en la garganta

La voz, si humilde, pura,

Que intentó querellar tu desventura.

Manes de los repúblicos preclaros,

Mañana, al sol naciente,

Yo volveré á invocaros

Con alma reverente,

Fortaleza á buscar en vuestra fuente.

Vuestra noble virtud, sagrada tea,

Alumbrará mi vía;

Y así mi nombre sea,

Pues que no gloria, un día

Honra modesta de la patria mía.

LA LUNA Y LA TARDE.

Abandonando celosa
Las regiones orientales,
En busca del Sol querido,
La Luna al Ocaso parte.

Allá encendieron sus celos
Los obsequios, los afanes
Que á una vírgen ¡y cuán bella!
Prodigó el pérfido amante.

Ella misma de la Aurora
Sorprendió las tiernas frases;
Ella misma vió en su frente
Las perlas y los diamantes;

Áun encontró en torno suyo
Las rosas sin marchitarse,
Y rosas más encendidas
Animando su semblante.

Hora acá, porque no quede
Traicion que no lo delate,
Perfidia que no la humille,
Ni esperanza que la engañe,

La triste á llegar acierta
Cuando otra vírgen, la Tarde,
Del amador licencioso
Lamenta las veleidades.

Los blondos rizos tendidos,
Melancólico el semblante,
Suelos de su veste al viento
Los pajizos tafetanes,
Sobre la cumbre de un monte
La halló extasiada en mirarle,
Cuando él triunfante volaba,
De su dolor sin cuidarse.

Las quejas que ésta le envía
Un punto aduermen sus males,
Que suple al bien la venganza
En despechados amantes.

Mas pronto advierte esparcidos
A las plantas de la Tarde,
Del reciente galanteo
Los despojos criminales:

Aquí relumbra un topacio,
Allí un zafiro, acá yace
Olvidado un cerco de oro,
Joyas de las sienas reales;

Y los tapetes de grana
Salpicados de diamantes,
Que en su desórden le dicen
Lo que soportar no sabe.

Pálida como la muerte,
Mirando vestigios tales,
Faltarle siente las fuerzas,
Ansias de morir sobrarle.

Una á otra, frente á frente,
Contempláronse un instante,
Cuanto en belleza distintas,

En desventuras iguales;
Y á lamentar su abandono
Entrambas fueron, la Tarde
En el seno de la noche,
La Luna en el de los mares.

À LA MUERTE.

Dulce consoladora, hija del cielo,
¡ Con cuánto amor el pensamiento mio
A tí dirige el fatigoso vuelo,
Del mundo y de la vida ya en hastío!

¡ Cuál me halaga pensar en cuándo vengas,
De tus galas angélicas vestida,
Y en tus brazos recibas y sostengas
Esta frente llorosa y abatida!

Tú me debes piedad y amor prolijo:
Si eres madre del huérfano errabundo,
Madre del infeliz, yo soy tu hijo;
Más triste corazón no lo vió el mundo.

Yo no temo de tí, ¡ oh ángel clemente!
¿ Tú hacer mal al anciano, al justo, al bueno,
A la vírgen, al párvulo inocente
A quien arrancas del materno seno?

Ciego pavor, terrena resistencia
De la tenaz raíz, que asida al suelo
No quiere fenecer; pero la esencia
De la trémula flor aspira al cielo.

Vén, abrígame ya bajo tu manto:
El mundano temor á mí no alcanza;

En tí acaba el dolor, se extingue el llanto:

Tu verdadero nombre es La Esperanza.

Y en tí sólo esperar mi ánima sabe:

Porque en tu mano, arcángel favorito,

Puso Jehová la misteriosa llave

Del alcázar azul de lo infinito.

Tú me libertarás de tantos males

Como me asedian en funesta copia,

Del vicio y la maldad de los mortales,

De su insana miseria, y de la propia.

De este rebelde polvo impenitente

Quebrantarás las ansias y pasiones;

Y á su instinto mi espíritu obediente,

Ya no hallará ni acechos ni prisiones.

¿Qué me importa su fin? ¿Ni hay fin, acaso,

A las obras de Dios? Ese tembloroso

Desteñido celaje del ocaso,

Es en otro hemisferio oriente hermoso.

Yo seré la verdura de las eras,

Yo el nido abrigaré del pajarillo,

Viviré con el lirio en las praderas,

Daré sombra y sustento al cervatillo;

Y, flor del valle ó junco de los lagos,

Prestarán regocijo al polvo mio

De las aguas y brisas los halagos,

Y servir á la tierra de atavío.

Eso darás á mi mortal despojo,

¡Oh regeneradora de la vida!

Y fin á mis tristezas y mi enojo,

Y á mi alma la patria apetecida.

Y me darás también, en tí confío,

Del tan llorado padre, estrechamente,

El amoroso pecho unir al mio,

Y darle paz en la serena frente.

¡Ay! ¿qué será cuando á mis brazos vuelas,

Muerta luz de mi hogar, muerta alegría,

Lirio arrancado en flor de mis verjeles,

Sér de mi sér, amor del alma mia?

¡Ay, cómo están desiertos mis balcones!

¿A qué se abre la flor y exhala aromas,

Si el organillo errante alza sus sonos,

Y tú ni te sonríes ni te asomas?

Hijo, tus manecillas como armiño

Ya no buscan mi rostro, ni me inunda

De celeste delicia tu cariño.....

¿Qué soledad es ésta tan profunda?

¡Oh Muerte! por piedad, pues ya no hay llanto

En este corazón, y no me mata

Esta intensa agonía, abre tu manto

Y á los cielos mi espíritu arrebatá.